

a grandes figuras del panorama internacional. Tiempo después, gracias a un presupuesto económico más considerable, el formato dio lugar a un nuevo título, *Directísimo*, cuya propuesta fue aún más ambiciosa. En cierto modo, éramos unos insensatos, y ese es el matiz que justifica el conjunto de personalidades que nos visitó. Cuando yo veía una figura de interés en las portadas de la revista *Time* o de periódicos como el *New York Times* o el *Washington Post*, me limitaba a llamar a sus jefes de redacción para pedirles el número de teléfono conveniente, y eso bastaba para entablar el contacto con nuestros invitados. En el fondo, pese a que el resultado fuera espectacular, la gestión era una simple anécdota.

Por nuestro escenario pasaron los principales autores del panorama narrativo hispanohablante, desde Gabriel García Márquez hasta Mario Vargas Llosa. Los cinéfilos pudieron aproximarse en directo a intérpretes legendarios como Catherine Deneuve, Charlton Heston, Sean Connery, Anthony Quinn o Roger Moore. Todos ellos, aparte de dar muestras de su encanto, demostraron ser personajes muy asequibles. Obviamente, hubo entrevistas menos gratas, como aquella que le hice a Rita Hayworth cuando ya era una víctima del alcohol y empezaba a sufrir los estragos del Alzheimer. Pero en líneas generales, la experiencia fue siempre muy placentera, y no tuvimos especiales dificultades para entrar en contacto con estas figuras. Muchas veces nos bastó con telefonar a su representante en Hollywood. Y esto es algo que hoy se me antoja imposible, dado el modo en que la televisión maltrata a las estrellas, buscando su faceta menos favorecedora, riéndose de sus equivocaciones o propagando rumores de fácil sentimentalismo.

No me cabe duda de que entre los personajes más festejados de aquel programa, figura el artista israelí Uri Geller, famoso por sus aparentes poderes extrasensoriales. Frente a las cámaras, Geller era capaz de doblar cucharas con las yemas de sus dedos, y también, usando esa extraña facultad, ponía en marcha relojes descompuestos y en apariencia inservibles. (A modo de digresión, debo aclarar que, aunque él es considerado por algunos autores un experto prestidigitador, figuro entre quienes adivinan un área misteriosa en sus habilidades, no catalogables como trucos de magia. Cosa distinta es su fama mediática, que al correr del tiempo lo ha convertido en un icono de la televisión de aquellos años).

La curiosa euforia que desató Geller es comparable a la que originó otro de nuestros invitados, Alexander Isáyevich Solzhenitsin, ganador del Premio Nobel de Literatura en 1970. Sólo que, en este caso, la personalidad del escritor recomendó que pidiésemos permiso a los responsables de la cadena antes de plantear su presencia. Como bien sabe el lector, eran fechas en que aún existía la censura previa. Ya en directo, el discurso trágico de

Solzhenitsin y sus vehementes comentarios contra el régimen soviético apasionaron a la audiencia y fueron reproducidos en la primera plana de los periódicos.

Aun condicionados por la censura, quisimos invitar asimismo a Yves Montand, a quien le indiqué la situación en la cual nos movíamos. De acuerdo con ese reparo, Montand fue exquisito a la hora de introducir, ya al final de la entrevista, su sentimiento político. Tampoco hubo problemas de ese orden con la cantautora Joan Baez, a pesar de que, durante su actuación en *Fiesta*, dedicó uno de sus temas musicales a Dolores Ibárruri. Y eso que aquello, oído en la fecha que comento, sonaba a encarcelamiento inminente.

Pese a demorarme en estas anécdotas, no quisiera dejar sin comentario la degradación del discurso televisivo, sobre todo si lo comparamos con el propio de etapas anteriores, cuando aún no se habían implantado los subproductos más infames. No escasean hoy los programas que encierran las peores formulaciones del sensacionalismo, capaces de llevar a la fama a personajes deleznable, que roban un tiempo televisivo que debiera dedicarse a gente con verdadero mérito –artistas, creadores, deportistas olímpicos–. De igual manera, pienso en la escasa calidad literaria de los actuales teledramas, muy alejados de aquellas magníficas series producidas por Televisión Española, cuyo libreto iba firmado por dramaturgos de la talla de Molière o por folletinistas como Dumas. El hecho de que un espacio teatral como *Estudio Uno* figurase entre los preferidos por los espectadores de aquel periodo, conduce a pensar si la reciente bazofia audiovisual se debe a que el público la reclama o, simplemente, la consume en ausencia de productos alternativos.

En menor medida, esa homogeneidad de la oferta también atañe a la radio. A grandes rasgos, las grandes cadenas han dejado atrás la originalidad y, siguiendo un patrón compartido, fijan una parrilla de programación intercambiable, en la que las tertulias, los espacios deportivos o los cotilleos son ofrecidos a la misma hora en todo el dial.

La fugacidad se impone. En apariencia, quedan para el recuerdo voces como la de José Luis Pécker, desaprovechado cuando aún es un locutor impecable, que debiera tener su lugar en las ondas. Ningún programador español se arriesga a replantear fórmulas como *Ustedes son formidables*, creada por Alberto Oliveras en 1960. Diré más: en un afán renovador a veces incomprensible, se eliminan productos muy solventes a la hora de atraer a la audiencia. En esto, por cierto, poseo alguna experiencia, pues mis espacios han dejado de emitirse cuando eran los más seguidos de su horario, sin otra razón aparente que la orden de un programador. Según todos los indicios, en España parece improbable un caso como el de *Top of*

*the Pops*<sup>5</sup>, un título clásico de la oferta radiofónica de la BBC, cuya larga permanencia en antena es un ejemplo más que notable de cuanto vengo señalando.

En este áspero oficio, ni siquiera los grandes hombres reciben el debido homenaje. Por citar a alguien cercano, pienso en Bobby Deglané, el gran comunicador que murió abandonado por todos. Siguiendo una costumbre infeliz, a Bobby le dedicaron una calle después de su fallecimiento, prestando una atención a su memoria que hubiera sido deseable unos años antes, cuando él aún podía disfrutar del cumplido. Completando el diagnóstico, citaré otro caso de este relegamiento: pese a su magnífica condición física, Matías Prats ya no interesa a los programadores, y eso que conserva la capacidad comunicativa que le dio fama y que ha heredado su hijo.

No es cosa accidental. Estas reflexiones nos conducen a un panorama juvenil, donde la veteranía no es tan valorada como en los países de nuestro entorno. Antes mencioné el programa musical *Top of the Pops*, y vale la pena añadir que sus cuatro décadas en antena han estado protagonizadas, casi íntegramente, por dos locutores. Uno de ellos, Jimmy Saville, debe tener ahora setenta años<sup>6</sup>.

Si a la oferta audiovisual española nos atenemos, la aseveración de que el índice de audiencia es prioritario revela otros síntomas y diferencias de grado. Frente a la deseable propensión a la calidad, se advierte una dejadez en lo que concierne al nivel cultural de la oferta. Entre los signos de ese abandono, destaca el empleo del lenguaje. Oportunamente, antes existía la figura del corrector o controlador de léxico, cuya tarea era avisar al locutor de sus deslices y equivocaciones. En ese indicio se adivina la preocupación que existía por el empleo del idioma. Una preocupación que ahora se plantea raras veces.

Recordemos aquel escándalo que se desató en una cadena británica cuando, durante una entrevista realizada en 1976, uno de los integrantes del grupo *punk* Sex Pistols profirió una serie de tacos. Esa prevención se man-

<sup>5</sup> El espacio musical *Top of the Pops* es emitido por la BBC desde el 1 de enero de 1964. Sus primeros presentadores fueron Jimmy Saville, Alan Freeman, David Jacobs y Pete Murray. Entre los elementos que han hecho famoso a este programa, figuran las actuaciones musicales en directo y la habitual lista de canciones populares, dispuesta según las oscilaciones del mercado. Para un gran número de solistas y grupos anglosajones, figurar entre los invitados a *Top of the Pops* ha sido una experiencia fundamental en su carrera.

<sup>6</sup> A lo largo de su trayectoria, Sir Jimmy Saville ha hecho popular entre los británicos su original aspecto. Luciendo una tupida cabellera albina, Saville fuma enormes cigarros puros y luce llamativa joyería. Su fama en el mundo de la radio musical comenzó con el programa *Teen and Twenty Record Club*, que luego dio origen a *Top of the Pops*, presentado por este locutor desde 1964 hasta la actualidad.

tiene en la mayoría de las emisoras del todo el mundo, salvo en España, donde nadie se sorprende al escuchar toda suerte de barbaridades, a cualquier hora del día. Y conste que no pongo el acento en el contenido escatológico o transgresor de ese tipo de expresiones –al cabo, ello carece de importancia–, sino en su carácter de comodines lingüísticos que anuncian una precariedad cultural en los medios audiovisuales.

Sin extenderme en nuevos aspectos del problema, concluiré con otra nota relevante: la factura descuidada de los programas musicales. De hecho, no ha cambiado nada en este género desde que se puso en marcha hace 35 años. Salvo excepciones, los actuales *disc-jockeys* desconocen la historia del *rock* y el *pop*, ignoran lo que es la buena pronunciación inglesa y, en suma, hablan por hablar, hasta el límite de estropear las canciones, sin comprender que el propósito del oyente no es otro que escuchar música, sin mayores interferencias. En definitiva, al deplorar esos defectos pretendo defender la idea de que las emisoras deben contratar a los aspirantes a locutores por otras razones que van más allá de la juventud. A saber: el entusiasmo, el conocimiento y cierto oficio.



Antoni Gaudí: Chimenea de la Casa Milá. Barcelona